

Los manzanareños vibran de nuevo ante la calurosa oratoria del Padre Ángel



Hace ya quince años que el Padre Ángel Rodríguez de León dejó Manzanares y la titularidad de la Parroquia de la Asunción, cargo que regentó durante seis años. Estaba en compañía del buen y tristemente desaparecido Jesús "Marzabú" cuando le conocí tras el manto de la Virgen de la Esperanza en la presidencia de una procesión de Semana Santa. Con exquisita educación nos solicitó permiso para situarse entre ambos a lo que encantados accedimos. Fueron pocas las palabras de protocolaria cortesía, porque cuando la procesión llegaba a la Farmacia de Malpica daba la sensación de que nos conocíamos de toda la vida, porque su desbordante simpatía y saber estar así lo exigían. Fueron muchos e inolvidables los momentos vividos a su lado. Recuerdo un Sábado Santo, reunidos una amplia pandilla de amigos en la majada de "El Piqui", cuando convirtió su parroquial R-5 en confesionario móvil y fue "pasando por las armas" a todos y cada uno de los allí reunidos, dándose la circunstancia que alguno de los confesantes no lo había hecho desde después de la guerra, cuando se casó, y ya tenía nietos crecidos.

He tenido la ocasión de volverle a saludar al finalizar una de las novenas que está predicando en honor de Nuestro Padre Jesús del Perdón en la sacristía de la Asunción, su sacristía. No ha cambiado nada: abierto, simpático, desenfadado y de los que podemos calificar como

"cura postconciliar de toda la vida". Muchos son los recuerdos que Manzanares guarda del Padre Ángel, personalmente me quedo con éstos: su alto sentido de la amistad, el cruceiro que nos dejó en La Lonja de la Asunción y su extraordinaria y magnífica oratoria.

Cuando la preguntamos el tiempo que hacía que no volvía por Manzanares, nos respondió:

— Aunque hace quince años que me marché de la ciudad, volví dos veces a celebrar los triduos del Cristo de la Columna, pero desde la muerte de José Antonio del Río, no había vuelto hasta ahora y he encontrado un Manzanares que me gusta mucho, sobre todo en comparación con otros pueblos vecinos, porque no ha perdido su idiosincrasia y se ve que ha prosperado mucho. He visto pueblos como Valdepeñas, muy apelmazados, aunque me gusta su Paseo de las Tinajas. No obstante me sigo quedando con Manzanares.

— Al cabo de quince años, cuando te has vuelto a encontrar con las calles y las gentes de Manzanares, ¿que sensación has sentido y que has echado de menos?

— Lo que todos echamos de menos: los pueblos se han deshumanizado un poco. Sin embargo he visto hacia mi persona una gran acogida, con hospitalidad y cariño, que agradezco de verdad. Parece que hace unos años todos estábamos más concordes, más unidos, más herma-